

DOCTORA
HONORIS CAUSA
PROF^a. VICTORIA CAMPS CERVERA

DISCURSO DE INVESTIUDRA
COMO
DOCTORA
HONORIS CAUSA
PROF^a. VICTORIA CAMPS CERVERA

Pronunciado en el Salón de Actos
de la Facultad de Derecho de la Universidad de Huelva
el día 23 de Junio de 2014



Universidad
de Huelva

©

UNIVERSIDAD DE HUELVA

©

VICTORIA CAMPS CERVERA
ZENÓN LUIS MARTÍNEZ

LAUDATIO

PROF. DR. ZENÓN LUIS MARTÍNEZ



*Magnífico y Excelentísimo Sr. Rector de la Universidad de Huelva,
Excelentísimos Señores Vicerrectores,
Ilustrísima Señora Secretaria General,
Ilustrísimos Señores Decanos y Directores de Departamentos,
Autoridades, Claustro de Doctores de la Universidad de Huelva,
Estudiantes, Personal de Administración Servicios,
Señoras y señores,*

Me corresponde el privilegio de proponer ante ustedes el ingreso en este claustro de profesores de doña Victoria Camps Cervera en calidad de doctora *honoris causa*. Con esta propuesta doy voz al procedimiento iniciado hace algo más de tres años por la Junta de la Facultad de Humanidades, de la que entonces era decano. La dilación del proceso, lejos de restarle fuerza, no hace más que añadir razones de los méritos de la profesora Camps y de la indudable vigencia de su contribución intelectual.

Durante estos tres años el reconocimiento de la labor de Victoria Camps ha vivido un momento culminante en la concesión en 2012 del Premio Nacional de Literatura, en su modalidad de Ensayo, a su obra *El gobierno de las emociones*, un premio que se suma a otros muchos hitos de su carrera universitaria, intelectual y pública. Los tiempos presentes nos invitan también a reivindicar su pensamiento como punto de partida necesario para una reflexión seria sobre los problemas y los retos de una sociedad en crisis. Basta leer un libro escrito hace casi veinte años, *El malestar de la vida pública*, para entender la relevancia en 2014 de su diagnóstico sobre la debilidad moral de nuestras democracias, sobre las contradicciones del liberalismo, sobre las responsabilidades de los medios de comunicación, o sobre el lugar de las Humanidades en la

educación pública y los miedos de nuestros sistemas educativos a promover valores que no sean primordialmente utilitaristas. Y este ejemplo se repite en otros textos suyos sobre cuestiones tan cruciales como la educación, la bioética, los valores democráticos o los límites de la libertad individual.

Ética y política son los términos que dan nombre a la Cátedra de Filosofía, ahora emérita, que Victoria Camps ha ocupado casi ininterrumpidamente en la Universidad Autónoma de Barcelona desde 1987, institución a la que ha estado ligada desde comienzos de los años 70. Son también los conceptos que vertebran todo su pensamiento filosófico y su actividad pública. Licenciada en Filosofía por la Universidad de Barcelona, doctora por la Autónoma, profesora asistente en la Universidad Johns Hopkins, vicerrectora de la Universidad Autónoma de Barcelona entre 1990 y 1993, directora de la colección de Filosofía de la editorial Crítica y miembro de comités asesores y científicos de varias revistas de Humanidades, Educación y Filosofía, son sólo una muestra de su intensa actividad universitaria e investigadora. En el ámbito público, ha sido senadora independiente por Barcelona en la lista del PSOE-PSC entre 1993 y 1996, periodo durante el cual fue Presidenta de la Comisión para los Contenidos de Televisión del Senado. Fue también asesora del Consell de l'Audiovisual de Catalunya desde 2002 a 2008. Ha presidido los Comités de Bioética de España y de Cataluña. Y es en la actualidad presidenta del patronato de la Fundación Víctor Grífols i Lucas, institución dedicada a la promoción de valores bioéticos en el mundo de la investigación, la tecnología y la empresa. Su obra, compuesta de más de veinte libros y más de doscientos artículos y ensayos académicos, ha sido reconocida con numerosos galardones de prestigio. En 1990 su libro *Virtudes públicas* fue distinguido con el Premio Espasa de Ensayo. En 1999 recibió el Premio Josep María Lladó a la Libertad de Expresión. En 2008, se le otorgó el Premio

Internacional Menéndez Pelayo, distinción que han recibido personalidades de la talla de Octavio Paz, Julián Marías o Mario Vargas Llosa. También la Medalla al Mérito Sanitario de la Generalitat de Catalunya en 2012, así como el ya mencionado Premio Nacional de Ensayo ese mismo año.

El sustento de la brillante carrera docente, investigadora y pública de la profesora Camps es la lucidez y el largo alcance de su pensamiento y de su obra. No soy filósofo, y tampoco puedo aspirar aquí a realizar un recorrido riguroso de las claves de su pensamiento. Mi primer contacto con la filosofía de Victoria Camps fue a través de dos libros a los que llegué por pura curiosidad y que leí con sumo placer. El primero es *Ética, retórica, política*, publicado por primera vez en 1988 y una de los libros clave de su pensamiento moral. El segundo es *Hablemos de Dios*, publicado en 2007 y escrito a medias con otra filósofa española contemporánea, Amelia Valcárcel —un texto que propone, en forma de intercambio epistolar, una reflexión clarividente sobre el papel de las religiones en una sociedad secularizada. La lectura de estas y otras obras permite descubrir un pensamiento que, sin renunciar al rigor académico, interpela al lector antes en su condición de ciudadano que en la de especialista.

La definición de la ética y el establecimiento de su valor en las sociedades democráticas contemporáneas constituyen el núcleo de la filosofía moral de Victoria Camps, desarrollado sobre todo en tres obras: *La imaginación ética* (1983), y la mencionadas *Ética, retórica, política* (1988) y *Virtudes públicas* (1990). La crítica al concepto kantiano de razón pura lleva a la autora a rebatir la presunta pureza de la ética, que debe ir, y cito “a la zaga de los problemas [para] contaminarse de las incertidumbres y miserias que ellos plantean”. Aunque la ética aspire a lo universal, sus principios sólo cobrarán verdadero sentido en la medida en que iluminen nuestras acciones

privadas y públicas, encontrando el equilibrio en esa difícil tensión que Max Weber detectó entre la convicción y la responsabilidad. Victoria Camps cree en una ética que pueda iluminar una teoría de la acción política, y por ello la define, y cito de nuevo, como “el lugar de tensión entre la perfección y la armonía, que desconocemos, y el desorden y desconcierto en el que nos encontramos”. De ahí la necesidad de construir una ética de las virtudes como complemento de una mera ética de principios. El resultado debe ser la superación de una moral instalada exclusivamente en la ley, el deber, la verdad única, el superyó y el orden, en favor de una teoría ética cercana a la práctica social y política. Y de ahí también la importancia del lenguaje como vehículo que nos ayude a administrar las razones y a apelar a los afectos a la hora de dar sentido a nuestras acciones.

Este interés por la razón práctica ha llevado a Victoria Camps a interesarse por problemas como la educación, la comunicación, y más recientemente la bioética. El ya mencionado *El malestar de la vida pública* partía de un retrato demolidor de la España de 1996 que bien tendría aplicación en lo que llevamos de esta década: si Thomas Hobbes entendió el poder político como un mecanismo de regulación que evitaba que los seres humanos continuasen en el estado de naturaleza, el de la guerra de todos contra todos, son sin embargo los poderes públicos de nuestra contemporaneidad los que han vuelto a ese estado de naturaleza, haciendo imposible el bienestar social. Por ello es necesaria una regeneración de la vida pública que pueda repensar conceptos clave como el liberalismo, una doctrina cuyas ideas de individuo y libertad chocan frecuentemente con los valores democráticos.

En lo que respecta a la bioética, obras recientes como *Una vida de calidad* (2000) y sobre todo *La voluntad de vivir* (2006) plantean los retos y los límites de la intervención

humana en los procesos naturales para garantizar una vida y una muerte mejores. Victoria Camps establece los dos pilares básicos para abordar los grandes desafíos de la bioética: interdisciplinariedad y laicidad. El primero debe materializarse a partir de un verdadero ensamblaje entre saberes como la filosofía, la antropología, el derecho, la medicina y la biología. El diálogo entre ciencias y humanidades debe superar los efectos de una especialización académica cuyo principal riesgo es la deshumanización del conocimiento y de la investigación. El segundo, la laicidad, nos conduce a una “ética sin atributos”, inevitablemente diferenciada del derecho y de la religión, que consiga armonizar los principios universales con la necesidad de una vida digna.

La cuestión de la religión recorre el pensamiento de Victoria Camps desde su primer libro, *Los teólogos de la muerte de Dios* (1969). Más recientemente, el ya mencionado *Hablemos de Dios* (2007) aborda la religión como elemento determinante de nuestra cultura más que como realidad constituyente del individuo. Su argumento, desde una posición definida como agnóstica, sería el siguiente: si la secularización en nuestras sociedades occidentales se materializa en la pérdida de una dimensión trascendente (y si la trascendencia se identifica con la fe en Dios), entonces el mundo secularizado corre el gran riesgo de convertirse en un mundo intrascendente. La trascendencia debe recuperarse entonces a través de la ética, una ética que se preocupe tanto por los fundamentos como por los contenidos de la moral, y que guíe en el aprendizaje a vivir sin Dios. Y con todo, la queja procede en este libro de lo perdido en el camino, por ejemplo en la realidad del analfabetismo religioso de los más jóvenes, y que conduce a la reivindicación de que la cultura religiosa se integre en la enseñanza pública, aunque siempre en una posición desligada de la instrucción o la catequesis.

Poco o nada he dicho sobre otros aspectos de su pensamiento, como su formación y convicciones feministas, que son patentes en un libro como *El siglo de las mujeres* (1999), y que tienen también relevancia en su pensamiento bioético. Victoria Camps aboga por una idea de igualdad materializada en las realidades sociales. Un ejemplo puede ser su reivindicación de la universalización del cuidado en el terreno de la salud, un ámbito siempre dejado en manos exclusivamente femeninas, a partir de una distribución tradicional de valores que ha asignado la justicia al hombre y el cuidado a la mujer. O como su más reciente interés por el mundo de las emociones y los afectos: en *El gobierno de las emociones* (Premio Nacional de Ensayo en 2012) Victoria Camps deshace la dualidad razón/emoción, señalando la necesidad de equilibrio entre ambas partes como camino hacia la responsabilidad moral. La *phronesis* aristotélica, el cálculo prudencial o sabiduría práctica aplicada sobre nuestras acciones, debe constituirse en el principio motor del gobierno, que no represión, de nuestros afectos en nuestros comportamientos privado y público.

Este principio de prudencia define de manera general la filosofía de la profesora Camps, un pensamiento que reclama medir siempre aquello que ganamos y perdemos como consecuencia del progreso humano, que desconfía de las trivialidades de la condición posmoderna, que apela permanentemente a nuestra responsabilidad ciudadana, y que reivindica un nuevo humanismo que sea a la vez humanización en aras de una vida mejor. Las páginas de sus libros son un diálogo constante de tradición y modernidad donde se dan cita Aristóteles, Pico della Mirandola, Spinoza, Hume, Wittgenstein, Hannah Arendt, José Luis Aranguren, o Martha Nussbaum. Un saber filosófico que, como Victoria Camps insiste repetidamente a lo largo de su obra, y también en conferencias y entrevistas –y esto podríamos llevarlo a las Humanidades en

general— no es necesariamente el ámbito de las respuestas y de las soluciones prácticas a los problemas. La filosofía no es autoayuda: es, por el contrario, el espacio de las preguntas, del diálogo, del planteamiento de los dilemas y de la interpelación directa de los mismos. Es la razón de ser de las palabras del vigía a Horacio, ante la aparición del fantasma, en la primera escena del *Hamlet* de Shakespeare: “Thou art a scholar, speak to it”. Eres universitario: háblale. La función del “scholar”, del universitario de formación humanística, debe ser nada más, y nada menos, que la apelación a ese espectro cuya sustancia no es otra que el complejo entramado de los problemas de nuestro tiempo. De esa pulsión vital de las Humanidades es emblema el conjunto de la obra de Victoria Camps.

No debo olvidarme de la relación de la profesora Camps con la Comunidad Andaluza y con la Universidad de Huelva. Sobre lo primero, solamente señalaré que la Junta de Andalucía le concedió en su primera edición de 1999 la Medalla de Oro al Mérito en la Educación destacando, y cito literalmente, “su dilatada trayectoria en defensa de los valores éticos como presupuesto imprescindible de la sociedad democrática y su favorecimiento de la dignificación de la tarea de educar, tratando siempre de sentar las bases éticas del sistema educativo para todos sus agentes”. En lo que respecta a nuestra universidad, Victoria Camps siempre ha atendido con entusiasmo nuestras solicitudes de colaboración y nuestras invitaciones para participar como conferenciante en seminarios y ciclos, o en ocasiones especiales. Docentes y estudiantes recordamos con especial cariño su conferencia “El valor de las Humanidades”, pronunciada en el Aula Jacobo del Barco el 24 de noviembre de 2010 con motivo de la celebración del día de nuestro centro. Un año después impartió la ponencia “Cómo leemos en la era digital” que inauguró el curso “Libros de ayer, lectores de hoy”, organizado por el

Dr. Manuel José Lara Ródenas. Quiero destacar también su participación en otro proyecto científico con base en nuestra facultad hermana, Ciencias de la Educación. Me refiero a la revista *Comunicar*, dirigida por el Dr. Ignacio Aguaded, y de la que ha sido miembro de su Comité Científico, además de colaboradora en sus páginas. La obra de Victoria Camps es testimonio de que, más allá de compartir el color celeste de la toga, Humanidades y Educación deben seguir reconociéndose en sus espacios comunes.

Así pues, considerados y expuestos todos estos hechos, Excelentísimo Señor Rector, dignísimas autoridades y claus-trales, solicito que se otorgue el grado de Doctora *Honoris Causa* por la Universidad de Huelva a doña Victoria Camps Cervera.

DISCURSO

PROF^a. VICTORIA CAMPS CERVERA



*Sr. Rector y demás autoridades académicas,
Claustro de profesores de la Universidad de Huelva,
amigas y amigos*

Gracias a todos muy sinceramente por el honor que me hacen al nombrarme doctora *honoris causa* por la Universidad de Huelva. No debo decir que merezco el nombramiento, pero sí que lo acepto con mucha ilusión y un reconocimiento especial hacia la generosidad que ha mostrado la Facultad de Humanidades al distinguirme con la propuesta. Muchas felicidades también a mi compañero, el profesor Manuel Bendala, galardonado en este mismo acto con el mismo título.

A diferencia del título de doctor propiamente dicho, al que uno accede defendiendo una tesis como punto de partida de lo que será una carrera dedicada a la docencia y a la investigación, el doctorado *honoris causa* se otorga por algo así como los méritos adquiridos, unos méritos que se dan por supuestos y no es preciso demostrar. Es un premio de final de trayecto, cuando una ha hecho ya casi todo lo que podía hacer, que invita más a echar la vista atrás y hacer un balance del recorrido realizado, que a proponer nuevos temas de estudio. Al pensar en ese balance, voy a referirme a lo que más directamente me ha traído a la Universidad de Huelva.

Mi vinculación con esta Universidad no tiene como causa la filosofía, que ha sido mi campo de estudio más específico, pues aquí no existe un departamento de Filosofía. Lo que me ha traído en diversas ocasiones a sus aulas han sido otros dos

intereses nacidos de inquietudes relacionadas con mi dedicación a la Universidad como profesora de Filosofía en una Facultad de Letras. Uno de ellos es la pregunta que la filosofía se hace reiteradamente, desde que dejó de ser la reina de las ciencias, y debe insertarse en un mundo tan pragmático y tan poco dado a especulaciones abstractas como el nuestro. A saber, qué estamos haciendo los filósofos y qué deberíamos hacer si queremos que nuestra actividad siga teniendo algún sentido. Por extensión, esa misma pregunta es trasladable al resto de las humanidades –la historia, la filología, el arte–, cuyos estudios deben luchar cada vez más contra una creciente escasez de demanda.

A tal propósito, en diversas ocasiones, he sido invitada a la Universidad de Huelva para hablar del valor de las humanidades y del lugar que éstas deberían ocupar en nuestras universidades. La primera de ellas fue a instancias del profesor Zenón Luis Martínez, a la sazón decano de la Facultad de Humanidades, y con la voluntad de potenciar esos estudios como una de las prioridades de esta Universidad. Así mismo, mi dedicación a la ética aplicada y, en concreto, a la ética de los medios de comunicación me puso en contacto hace unos años con el profesor Ignacio Aguaded, profesor de la Facultad de Ciencias de la Educación, con el que he venido colaborando en las iniciativas que ha puesto en marcha a propósito de la educación en los medios de comunicación.

Ambos temas, el del valor de las humanidades y el fenómeno de la comunicación y de las tecnologías que la hacen posible, se encuentran en un punto común, que es el de la educación o formación de la persona. Los estudios humanísticos siempre han tenido una parte decisiva en la transmisión de eso que llamamos “cultura”. Baste decir que la filosofía es el origen de la cultura, en la medida en que lo es de todas las ciencias. Las humanidades se nutren del bagaje cultural que

nos ha hecho como somos y nos ha dado los valores que reconocemos como tales. Al mismo tiempo, vivimos en la sociedad de la comunicación, que es posible gracias a una explosión tecnológica sin precedentes, lo cual representa a la vez un reto para difundir más y mejor el conocimiento, y un peligro de dispersión y distorsión de todos los saberes. Vivimos en una época que tiende a desdeñar todo aquello que se comunica con dificultad sobre todo porque carece de una rentabilidad material inmediata. Lo que Rafael Sanchez Ferlosio ha denominado “la ideología de la producción y el consumo” lo invade todo, también la institución universitaria que se encuentra ante la tesitura de tener que abandonar titulaciones cuya utilidad no pueda ser contrastada en términos mercantiles.

Ante esta realidad, los universitarios no podemos permanecer indiferentes, ni dejarnos llevar por la inercia de un desarrollo del conocimiento que carece de objetivos claros, o que quizá los tiene pero no son los más honorables. ¿La Universidad se está dedicando a la formación, o está renunciando a ella para concentrarse en la inversión? ¿Hay que pensar que estamos formando a futuros ciudadanos e inculcándoles unos valores intelectuales, incluso unos estilos de vida, determinados, o renunciamos a ello porque lo importante es conseguir patentes y proyectos de investigación millonarios? En su conocido y muy citado libro *Misión de la Universidad*, Ortega comenzaba diciendo que “la raíz de la reforma universitaria está en acertar plenamente en su misión”. Efectivamente. Por ello es preciso no dejar de plantearse si la Universidad está cumpliendo la misión que le corresponde. Es a ese planteamiento a lo que quisiera dedicar este discurso, tomando como referencia los dos temas que acabo de mencionar: el valor de las humanidades como elemento básico de la cultura y, por tanto, de la formación superior; y la necesidad de repensar la formación universitaria en la sociedad de la comunicación.

Voy a seguir con el texto de Ortega, que me ofrece el marco en el que quisiera situar mi disertación. A su juicio, la misión de la enseñanza superior no debiera limitarse a lo que parece más obvio: la formación de profesionales y la investigación científica, sino que ha de procurar también, para todos los alumnos, una “cultura general”. “Hay que hacer del hombre medio, ante todo, un hombre culto”, escribe Ortega. No estamos en la Edad Media, en cuyas universidades lo fundamental era discurrir sobre las concepciones del mundo. Ahora, un saber tan ambicioso como ese no es más que un adorno que cultivan unos cuantos que no temen dedicar su tiempo a teorías un tanto estrafalarias. La especialización del conocimiento, de la que la Universidad es un reflejo evidente, con la creciente diversificación en departamentos y titulaciones, nos ha hecho —piensa Ortega— más sabios, pero más incultos. Lo cual es aplicable asimismo a los que nos dedicamos a las humanidades, que podemos ser expertos en Schopenhauer, Góngora o Felipe II, pero ignorantes en todo lo demás. La vida es compleja, no dejamos de notarlo, es una selva —en palabras de Ortega— en la que hay que orientarse. Para saber por dónde ir es para lo que hace falta la cultura, entendida no únicamente como el patrimonio simbólico, lingüístico, artístico o filosófico que hay que preservar y seguir estudiando, sino como algo más: algo que nos permita y nos ayude a dar sentido a lo que hacemos. La cultura, en sentido verdadero, es, en palabras de Ortega, “lo que salva del naufragio vital, lo que permite al hombre vivir sin que su vida sea tragedia sin sentido o radical envilecimiento”.

Con una expresión menos elaborada, hoy nos referimos a esa falta de sentido como “crisis de valores”, entendiendo por tal no la falta de los valores más incuestionados, como la productividad, la rentabilidad económica, la eficacia y la competitividad, que esos sí los tenemos muy presentes. Cuando hablamos de falta de valores nos referimos a los valores éti-

cos, a saber, la libertad, la igualdad y la fraternidad que han dado sentido a los mayores progresos que se han producido desde la modernidad. De los tres valores, el de la libertad es el más consolidado. Hemos ganado mucho en libertades y en autonomía para decidir qué queremos hacer. Lo cual es una contradicción, pues la libertad sin más no es una guía de nada sin el complemento de lo que uno se propone hacer con la libertad. Además, la libertad sin igualdad y, por lo tanto, sin fraternidad, es un valor puramente formal, inservible para una gran mayoría de personas que no tienen las capacidades básicas para poder hacer uso de esa libertad de la que teóricamente disfrutan.

Acabamos de participar en unas elecciones europeas. Pues bien, en esa construcción de Europa que está siendo tan difícil, no sólo hay que dar importancia a las dimensiones económica y política, sino también a la dimensión ética. Una dimensión que se ha ido forjando a lo largo de la historia y que ha producido realidades tan encomiables como la democracia, las teorías del contrato social, la primacía del individuo, los derechos humanos y el estado de bienestar. Son valores no consolidados definitivamente, que se ven amenazados por el maridaje excesivo entre economía y política y por una cierta indiferencia de la sociedad ante su peligro de destrucción.

En dicho terreno, las élites del conocimiento, que sin duda se forman en las universidades, deberían ejercer una función orientadora. No creo equivocarme al decir que todas las reformas universitarias se han propuesto de un modo u otro acercar más a las necesidades sociales una institución que tiende a ensimismarse y encerrarse en su torre de marfil. Pero estamos ante una paradoja. Por una parte, se reprocha a los estudios superiores, en especial a los más teóricos, la dificultad para aproximarse a las necesidades y demandas del mercado de trabajo o de la actividad empresarial. Por otra,

se echa de menos eso que pedía Ortega: que la Universidad se haga cargo de la cultura en el sentido mencionado, que no ceda sin más a un anhelo de innovación que no sabemos adónde nos lleva, sino que asuma esa función orientadora de la que estamos tan necesitados.

Huelga advertir que si lo que nos guía por encima de cualquier otro valor es la ideología de la productividad y la rentabilidad económica mencionada antes, las ciencias humanas lo tienen mal para ejercer una función orientadora que ejerza su influencia sobre resto de las ciencias y las tecnologías. Ahora bien, quizá siempre fue así. La crisis de las humanidades no es una realidad nueva. Ya Platón reivindicaba, por boca de Parménides, “unos ejercicios que parecen inútiles y que el común de los mortales llama *parola*”. Es cierto que la desvalorización social que sufren las humanidades en nuestro tiempo tiene signos distintos de los de épocas pretéritas. El conocimiento se ha extendido y diversificado tanto que cada vez es más complicado dar valor a eso que llamamos “cultura general”. Las consecuencias de la incultura están a la vista: la dificultad para escribir y hablar con soltura y corrección (mi profesor, José María Valverde, decía que las facultades de letras deberían servir para enseñar a leer y escribir); la falta de referencias para situar y apreciar una obra literaria o una obra de arte; la sustitución de la reflexión y el razonamiento por la imagen; las servidumbres de la digitalización. La lista de consecuencias de la falta de cultura podría ser muy larga. Representa eso que Marcuse llamó la unidimensionalidad del ser humano, la reducción de lo humano a una sola dimensión: la técnica y productiva.

No pretendo con lo que estoy diciendo establecer una jerarquía del conocimiento que encumbre a las ciencias humanas por encima del resto de las ciencias. Sólo quiero subrayar el carácter “formativo” que puede tener una buena facultad de letras o de humanidades, preocupada por algo más que

por licenciar a profesionales e investigadores, una facultad que se entienda a sí misma como guardiana y difusora de cultura, esa cultura a la que Simmel veía como “la provisión de espiritualidad objetivada por la especie humana en el curso de la historia”, y a la que Max Scheler identificaba con la humanización. Una anécdota reciente avala la necesidad a la que me refiero. Un número considerable de estudiantes de económicas de todo el mundo se ha agrupado para elaborar un manifiesto en el que exigen a sus departamentos y a sus profesores unos planes de estudio más abiertos y plurales, que les otorguen la capacidad para comparar y criticar las teorías económicas que están gobernando los sistemas actuales y que han provocado todos los desbarajustes y despropósitos que estamos padeciendo. Efectivamente, la falta de cultura general es una pérdida para el individuo y para la colectividad. Al individuo lo priva de placeres indiscutibles, como el de la lectura o la contemplación del arte por puro placer. Colectivamente, sin una cultura que nos una, porque transporta un patrimonio común, es más difícil la comunicación más allá de las jergas profesionales, gremiales o generacionales.

Por lo que hace al segundo tema, la importancia cobrada por la comunicación en nuestro tiempo se debe, sin duda, a la relevancia de los avances tecnológicos y la forma en que afectan todo lo que hacemos. La comunicación es un fenómeno que lo ha invadido todo. No hay actividad intelectual o científica que se precie que no tenga que contar, al mismo tiempo, con el factor de la comunicación como el modo imprescindible para dar a conocer lo que se hace desde los reductos académicos o los centros culturales. Las facilidades comunicativas que ofrecen las nuevas tecnologías no cabe duda que son cien por cien democráticas, en la medida en que permiten divulgar más ampliamente el conocimiento e interactuar con su desarrollo. Pero comunicar es una palabra hueca: ser un buen comunicador, hacerse escuchar, acaba

siendo más importante que decir algo de interés y que merezca la pena. También desde la perspectiva de la comunicación tenemos que lamentar la dificultad para dar a conocer en su justa dimensión los contenidos culturales. En concreto, la cultura propiamente dicha ha cedido el paso a las tecnologías del entretenimiento que son las que efectivamente la gente demanda. Como ha explicado excelentemente Mario Vargas Llosa, la cultura ya no es nada si no puede convertirse en espectáculo. O como ha señalado Giovanni Sartori, el entorno audiovisual ha producido al *homo videns* que ya no piensa ni razona porque con la imagen le basta, o piensa que le basta, para entender lo que ocurre.

La misión formativa de la Universidad y, en concreto, de los estudios de humanidades ha de proponerse contrarrestar esas tendencias. Siempre he pensado que la filosofía, pero también la literatura y el arte, tienen un carácter emancipador en la medida en que inculcan una sabiduría que nos hace capaces de distinguir lo feo de lo bello, lo inteligente de lo estúpido, lo bueno de lo malo, lo tolerable de lo intolerable. Es a esa capacidad de discernimiento a lo que hay que llamar cultura. No a la dispersión y fragmentación informativa que transmiten los medios de comunicación y las redes sociales. Como ha sabido explicar Hanna Arendt, lo que llevó a los hombres a la tragedia del holocausto fue la incapacidad para pensar. Lo cual no significa que la cultura sea una muralla segura contra la barbarie, pero sí que, sin la cultura, la barbarie lo tendrá mucho más fácil.

La educación humanística fue uno de los pilares de la Institución Libre de Enseñanza. En esa educación centró parte de sus reflexiones el catedrático de Filosofía de la primera Universidad Autónoma de Cataluña, Joaquim Xirau, añadiendo que los estudios universitarios debían concentrarse en dos puntos. Una educación humanística –decía– debe ayu-

dar a la conciencia a descubrir su destino, y debe partir de la convicción de que el ser humano está a medio hacer y ha de seguir haciéndose. La concepción del ser humano como algo a medio hacer le venía probablemente de una de las ideas más difundidas del también filósofo Eugenio D'Ors:

“Tot està a mig dir –afirma el veritable esperit clàssic.

La història de la humanitat és una magna assemblea.

Tot està a mig dir i cal continuar”

(*Glosari*, 27-VII-1920).

Añadía Xirau que la libertad significa riesgo, y que “las universidades no deberían dar nada que suponga una protección mecánica y burocrática o un seguro contra las contingencias de la vida”. Lejos de ser sólo un espacio para expandir títulos y hacer nuevos profesionales, la Universidad debería saber mostrar que ninguna profesión es un fin en sí misma, que la actividad profesional llevada con responsabilidad no es autosuficiente, que cualquier profesión se debe a un fin más alto: la justicia, la salud, el bienestar, la belleza.

Recientemente, Martha Nussbaum se ha referido no hace mucho a esa función de las humanidades de “cultivar lo humano” para contribuir a mejorar la democracia. En uno de sus libros más traducidos y divulgados: *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*, explica cómo el cultivo de lo humano tiene que ver con la capacidad de trascender el conocimiento meramente factual y analizarlo con sentido crítico, así como con la habilidad para examinarse críticamente uno a sí mismo y a las propias tradiciones. Intentar ver con claridad ha sido uno de los objetivos de la filosofía, esto es, aclarar las cosas por medio del razonamiento, porque, como ha escrito Amartya Sen, “la lucidez impide que sobrevivan las creencias sin fundamento, las deducciones tontas, los prejuicios infundados o la justificación del sufrimiento innecesario”.

Tal vez suene un tanto inconveniente esa visión de la filosofía, las humanidades y la Universidad en medio de una sociedad que vive agobiada porque materialmente no hay trabajo para los más jóvenes. Una sociedad, por lo tanto, que demanda sobre todo industrias más productivas y enseñanzas más realistas y aprovechables para conseguir puestos de trabajo. Pero quizá lo que estemos necesitando más, ante la escasez de trabajo, debida en gran parte a la invasión de nuevas tecnologías, es lo que Juan de Mairena llamaba “una sana concepción del trabajo”, entendiendo por tal “una actividad marginal de carácter más o menos cinético, a la vera y al servicio de las actividades específicamente humanas: atención, reflexión, especulación, contemplación admirativa, etcétera, a que son actividades esencialmente quietistas o, dicho más modestamente, sedentarias”. Para conseguirlo, proponía Mairena crear una “Escuela de Sabiduría” cuya finalidad sería “revelar al pueblo todo el radio de su posible actividad pensante, toda la enorme zona de su espíritu que puede ser iluminada y, consiguientemente, oscurecida; en enseñarle a repensar lo pensado, a desaber lo sabido y a dudar de su propia duda, que es el único modo de empezar a creer en algo”.

Ese ejercicio de la duda, repensarlo todo y “desaber lo sabido”, no se lo plantean las tecnologías que buscan, ante todo, ampliar y extender las posibilidades humanas más allá de cualquier límite. El avance tecnológico nos ha permitido vivir mucho mejor, más humanamente. Pero la tecnología no es más que un instrumento que acrecienta el poder humano para controlar lo que nunca pensamos poder controlar y para eliminar cualquier impedimento que se oponga a nuestros deseos. Frente a las tecnologías, las ciencias humanas tienen un discurrir más lento, porque satisfacen necesidades de otro tipo, una necesidad espiritual que no satisfacen ni las ciencias empíricas ni la técnica. La historia, la literatura o la filosofía no pretenden superar todos los límites, sino por el contrario

referirse a ellos como algo que es parte de la condición humana. El sujeto de las humanidades es ese Prometeo que lucha por ser más de lo que es, pero nunca conseguirá ir más allá de su condición. Necesitamos las humanidades para tomar conciencia de nuestra condición en una época que hace todo lo posible para que ignoremos los fracasos, esquivemos las frustraciones y trivialicemos los crímenes. En la *Meditación sobre la técnica*, Ortega concluye diciendo que la enfermedad de nuestro tiempo es “una crisis de los deseos”. El hombre actual no sabe qué debe desear ni qué debe ser, “le falta imaginación para inventar el argumento de su vida”. Eso es lo que los productores de cultura debieran proporcionar.

Los profesores universitarios tenemos la suerte de haber sabido o podido escoger una ocupación profesional que no distingue entre trabajo y ocio. Con ello revivimos en nuestras vidas el sentido originario de la palabra *scholē* que significa, precisamente, “ocio”. La escuela era el lugar destinado a la contemplación, donde uno se distanciaba del mundanal ruido para poder pensar. En cierta medida, la Universidad todavía es eso y no debería dejar de serlo, sin cejar por otra parte en el empeño de conectar con la realidad y con las exigencias de la comunicación. “Universidad” viene de *universitas*, la asociación de personas, profesores y estudiantes, dedicadas al estudio y generación del saber. La Universidad, en tal sentido, no debiera ser un espacio de individuos atomizados, en que cada uno va a lo suyo. Debiera ser un lugar propicio para trabajar en común, sin peleas inútiles y rencillas constantes. Por algo la sociedad nos encarga la función de *alma mater*, “madre nutricia”, proveedora del alimento intelectual.

Un alimento que el mundo moderno no parece necesitar, como dice un texto de Octavio Paz, a quien recordábamos hace unos días a propósito del centenario de su nacimiento, y

con el que voy a acabar: “Una de las heterodoxias del mundo moderno, desde hace dos siglos, ha sido la poesía. La poesía y el arte sucesivamente expulsados y, después, hipócritamente consagrados por los poderes sociales. Otra de las transgresiones de las sociedades modernas ha sido el amor. Ambos, amor y poesía son experiencias no productivas, son antiproductivas, y han sido y son negaciones del mundo moderno”.

Se acabó de imprimir el 13 de Junio de 2014,
festividad de San Jacobo y estando al
cuidado de la edición el Servicio de
Publicaciones de la Universi-
dad de Huelva



